



BUZON DE MONTAÑA

(Fot. y texto de «Pakol»)

## Buzón de montaña

A un lado el tantas veces cantado Urola, y al otro, el todavía casi virgen vallecito de Aratz-erreaka. Esta es la situación de la alargada cima del monte Samiño, conocido también por Oleta y señalado en algunos mapas, por error, como Pagotxeta, cuando esta denominación corresponde al dilatado collado que media entre este monte y el Izaspi.

Estirada de Sur a Norte, ya que las cuencas citadas miran al Cantábrico, la pelada cumbre de Samiño ofrece extensas vistas sobre Guipúzcoa. Allí convergen las líneas divisorias de Azcoitia, Azpeitia y Zumárraga, y a pocos pasos de este «irumugarri», un buzón montañero señala el punto más elevado. Una ligera construcción metálica de artística soldadura, de líneas muy de nuestra era, realizada con el mismo buen gusto que otros cientos de «kutxas» que hemos visto representando ermitas, caseríos, refugios, etc., y que podíamos haberlos traído a esta página fotográfica como este de Samiño. Porque para el tema nos servía igualmente uno cualquiera de esos buzones.

Uno de esos estuches donde el excursionista deposita su saludo —y el de su Club— para el desconocido amigo que le seguirá en la ascensión. Y decimos saludo porque nunca hemos dado a la simpática tarjeta ese valor de documento justificativo a efectos de recorridos o concursos deportivos; principalmente porque a un montañero no le son menester tales testimonios...

Nos bastaba —repetimos— un buzón diseñado, construido, transportado —a la vez que el cemento y el agua— y colocado en otra cumbre cualquiera por ilusionadas manos, y al que, al cabo de pocos meses la acción de las lluvias y las nieves —cuando no incomprensibles porrazos— habrá borrado la exquisitez de su exterior decorado pictórico e inutilizado los goznes de su portezuela, transformándolo en oxidado artefacto.

Porque la verdad es que un buzón de montaña nace generalmente para poca vida. Y tras ella, sus barrotos y deformadas chapas se aferran al cemento que le echaron con entusiasmo, presentándonos el aspecto de aprisionada chatarra que afea —siempre algo— aquella meta excursionista.

Por lo dicho y sin detenernos a examinar las influencias de un objeto metálico en una cota a la hora de las chispas tormentosas, nos vamos a permitir abogar por los mojones de piedra o cemento. Un cairn fijo al que bastaría una hendedura para acoger a la tarjeta de turno. Un pequeño hito —modelo mojón caminero— haría las veces del más sólido buzón; y bien revestido de blanco, orientaría siempre al montañero que busca la cima, máxime si se trata de una cúspide poco identificable.

Un blanco mojón en el que —eso sí— se incibirían el nombre correcto del monte, su altitud y el emblema de la Sociedad a que pertenecen los deportistas que lo plantaron.

No es más que una débil sugerencia de aficionados que han escuchado muchos «requiem» por los buzones de nuestras montañas.